

MIGUEL ÁNGEL CABRERA & MARIE MCMAHON, eds. *La situación de la historia: ensayos de historiografía*. La Laguna: Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2002.

La mediación textual ha sido la principal variante por la que tradicionalmente nos hemos distinguido en relación con nuestro pasado. En efecto, la prehistoria, definida por la ausencia de evidencias escritas, ha sido considerada como un largo sueño tras el cual una especie humana en gestación empieza a abrir los ojos, tomar conciencia de sí y a recordarse mediante el discurso escrito. Con él los “seres humanos” se definen frente a quienes han quedado relegados a una prehistoria continuada, a un letargo crónico. Esta construcción mítica otorga a la textualidad un carácter primigenio que la vincula al nacimiento de una humanidad atenta al discurrir del tiempo y orientada, no sólo hacia el pasado, sino hacia un progreso ineluctable del que se siente protagonista. Dicha concepción, en la que nos hemos educado, y que distingue a la cultura occidental, llegó a su culminación sobre todo en el discurso histórico decimonónico; fuertemente golpeada por las teorías y los sucesos del siglo XX, ha dejado finalmente al descubierto sus fundamentos epistemológicos. Sin embargo, sobre las ruinas de este discurso se alzan otros modos de aproximación al pasado que siguen insistiendo en la naturaleza textual de la construcción histórica. Por ello, creemos que el presente volumen es de obligada referencia no sólo para quienes aspiren a historiar los pasados aún por escribir, sino asimismo para quienes se interesen por discernir la cualidad histórica de la textualidad. El libro es fruto de la encomiable labor investigadora y difusora de sus editores, quienes vienen organizando desde el curso 1992/93 una serie de encuentros anuales en la Universidad de La Laguna sobre el debate a que está siendo sometida la disciplina histórica. El volumen, que contiene una selección de algunas de las reflexiones más profundas que se materializaron en estos seminarios, constituye, por tanto, una muestra inmejorable del pensamiento que se está produciendo tanto dentro como fuera de las fronteras nacionales sobre la llamada “crisis de la historia”. Ésta afecta tanto al ámbi-

to de la filosofía de la historia, como al de la naturaleza del propio conocimiento histórico y a la teoría de la sociedad con que los historiadores tejen sus modelos explicativos. Se trata, pues, de un campo de debate amplísimo cuyas fronteras se van fundiendo con las de otras disciplinas, augurando formidables retos para futuros historiadores. Su complejidad es tal y su evolución en las últimas décadas de tal magnitud, que un volumen como el presente resultaba imprescindible.

En “La situación actual de la historia: un paisaje cambiante”, el profesor Cabrera muestra una historiografía reciente convulsa, que ha pasado desde el optimismo de la historia social de los años sesenta hasta la nueva historia cultural de los setenta o el revisionismo de los ochenta. Se detiene largamente en la descripción de unos criterios filosóficos que pusieron en jaque el presupuesto teleológico procedente de la Ilustración, y refiere asimismo cómo en estas décadas el interés de los historiadores se desplazó desde la realidad social objetiva, evidenciada en estudios fundamentados en datos económicos o demográficos, hacia otra esfera en que destacan las pautas culturales y simbólicas de las sociedades analizadas. Modelos como el de la historia de las mentalidades o el de la vida cotidiana, aún inmersos en el binarismo esencialista, quedan sin embargo en suspenso cuando se denuncia la naturaleza metafórica, retórica, interesada del metarrelato moderno. Al respecto, se plantea detalladamente cómo el giro lingüístico determina una nueva percepción de la historia. Pero el profesor Cabrera no se contenta con glosar aportaciones como las de Lyotard, Barthes o Hayden White; su carácter analítico le permite distinguir asimismo las repercusiones que estas tesis conllevan. Detecta y comenta ampliamente los rasgos que caracterizan a esa “Nueva Historia” —etiqueta bajo la que se encuadran diversas posturas— como la discriminación entre categorías o conceptos y significados o formas de conciencia, así como la redefinición de nociones clave como “objetividad”, “experiencia”, “interés”, “identidad”, “acción social” o “acción política”. El exquisito cuidado con que se plantea dicha evolución historiográfica y la consistencia y rigor de las apre-





ciaciones hacen que este capítulo supere con mucho sus expectativas como posible introducción al tema y se convierta en una reflexión personal, honda y comprometida para con él. Igualmente comprometida es la contribución de Gabrielle Spiegel, “Memoria e historia: tiempo litúrgico y tiempo histórico”, en que estudia el enfrentamiento entre el tiempo litúrgico y el histórico tal y como se describen éstos en el uso de la memoria judía arcaica y de la posterior al holocausto. La propia noción de “memoria” se revela como una estrategia mucho más afín a la conciencia histórica postmoderna que a los planteamientos tradicionalistas que recurrieron a ella como vía hacia la metafísica de la presencia. Sin embargo, la autora muestra asimismo cómo la historiografía judía ha tenido que insistir en la testimonialidad como forma extrema de verificación —una verificación basada en la ilusión de la transparencia del mensaje— del holocausto como única salida frente al revisionismo histórico que pretende negar que aquél existió. El artículo incide, por tanto, en la versatilidad metodológica con que opera la memoria, distinguiendo sus efectos vivificadores y litúrgicos frente al carácter analítico y distante que imprime la historia.

Si la doctora Spiegel señala estas divergencias, la contribución de Julián Casanova, “La sociología histórica vista desde España: ese oscuro objeto de deseo”, aporta un panorama de la situación de los estudios de sociología histórica en España, incidiendo en los riesgos que supone equiparar historia y sociología. Señala la riqueza de la perspectiva estadounidense, cuyas bifurcaciones posteriores revelan, sin embargo, algunas inconsistencias y alertan sobre la forma de operar de la sociología comparada. Estas reservas, sin embargo, no intentan prevenir sino confirmar la necesidad del desarrollo de esta perspectiva en nuestro ámbito.

Si la historia social ha determinado la aproximación a los contenidos a partir del análisis de la situación social en que se hallaban los agentes históricos, en los últimos veinte años esta perspectiva ha enfocado sus miras hacia las concepciones del mundo por las que esos sujetos históricos dotan de sentido a las condiciones materiales y sociales en las que viven. Este énfasis

en el posible carácter ficcional y en la innegable condición narrativa del discurso histórico es sopesado desde la filosofía por Francisco Vázquez García en “La controversia sobre historia y narración: un espectro epistemológico”. Partiendo de los retos que el giro lingüístico ha planteado a la disciplina histórica, se cuestiona la superación de la dicotomía entre historia y literatura, y si ello ha de suponer una vuelta al relato decimonónico o más bien un avance hacia fórmulas en las que puedan seguir conviviendo la pretensión científica, ética y política que la historia ha amalgamado hasta el momento. En este último sentido, el retrato pormenorizado de las alternativas justifica el pulso que la historia mantiene no sólo consigo misma, sino con la literatura y la filosofía. El profesor Vázquez detalla afinidades y diferencias entre las tendencias, sondea el alcance de los presupuestos teóricos contemporáneos y su interferencia con las exigencias metodológicas de la historia, transmitiendo magistralmente el enorme dinamismo que caracteriza a este momento. Precisamente es ese carácter matizado a que ha llegado el tejido histórico, capaz de conjugar documentos e indicios materiales con las estructuras simbólicas de las que éstos emergen, lo que hace del siguiente capítulo, “Mapas, sangre y ciudad: la gobernanza de lo social en Gran Bretaña en el siglo XIX”, un modelo de nueva historia. Su autor, Patrick Joyce, posee un dominio explicativo no inferior a la sutileza con que se mueve entre el aparato engranaje histórico que deviene en el surgimiento de la ciudad y la ciudadanía modernas, y que en su relato se manifiesta como un proceso comprensible y apasionante. Con una solidez teórica que le permite barajar con la misma pericia aportaciones de la antropología cultural, de la filosofía de la ciencia, o motivos de inspiración foucaultiana, el autor se remite con similar holgura a los hechos concretos que testimonian el progreso de un nuevo tipo de intervención estatal en la vida social y urbana.

En el siguiente capítulo, “El concepto de “paradigma” y su importancia en historia de la historiografía”, Gonzalo Pasamar analiza la fortuna que dicho término ha tenido desde que fuera divulgado por la obra de Thomas Kuhn. El autor explica los avatares y enriquecimientos

del vocablo y del propio dominio de la historia de la ciencia, surgida en el ámbito de la Norteamérica de los cincuenta y ligada al estudio sistemático de la evolución de las “ideas intelectuales”, modelo que caracterizó la práctica histórica norteamericana desde esos años. Constituye ésta una aportación inestimable para entender algunos de los modelos historiográficos en vigencia. El profesor Ignacio Peiró Martín, por su parte, se retrotrae con “En busca de la memoria. La “vocación autobiográfica” de los historiadores” a los orígenes de la historiografía moderna para vincularlos a esa vocación autobiográfica que caracteriza a gran parte de la literatura reciente. En un inspirador estudio sobre la memoria según la concepción de Giambattista Vico, al que sigue la no menos estimulante lectura de algunas obras cardinales de la modernidad, el autor registra cómo en el siglo XIX la individualidad va cobrando valor histórico y redundando en la propia labor del historiador. El elemento autobiográfico se perfila así como una herencia común a la literatura y a la historia, legado que ha sido reconocido a la vez que temido, generando tensiones en el discurso histórico contemporáneo. En “Formas de hacer microhistoria”, Justo Serna y Anaclét Pons insisten en la diversidad de contenidos y prácticas de las últimas formulaciones históricas, sobre todo de la corriente surgida en la Italia de los setenta. Distinguen en ella las trayectorias divergentes de Edoardo Grendi y de Carlo Ginzburg, y al hacerlo, glosan asimismo los logros de la escuela de *Annales*, con la que esta microhistoria se midió. La corriente de Grendi, entroncando con la tradición empírica británica, injerta el ejercicio histórico en la savia antropológica para hacer de la historia una disciplina del contexto, un contexto cuyo estudio conduce a la normalización de lo excepcional. Ginzburg, por su parte, subraya el valor histórico tanto del documento como del referente histórico excepcional. Destaca la lucidez con que los autores exponen cómo el paso de Ginzburg por los ámbitos disciplinares de la medicina, la morfología o la retórica inspira su microanálisis de formas culturales, señalando que la personalización del objeto de estudio, uno de los distintivos de esta corriente, se

halla finalmente vinculada a la personal audacia narrativa del historiador.

El último capítulo del volumen, “Políticas de la historia y guerras de la cultura en Estados Unidos” resulta tan esclarecedor como los previos. En este caso su autora, Marie McMahon, aplica la espectacular batería teórica de que dispone a una mirada certera que apunta con precisión sobre un particularísimo blanco: la reciente controversia sobre la cultura y los usos de la historia en el sistema educativo público estadounidense. Dicha polémica ha evidenciado cómo la recepción de la historia constituye un fenómeno político de tal calibre que moviliza a las propias fuerzas que han inspirado las versiones sobre la historia nacional hasta el momento. La alteración de las perspectivas y los contenidos históricos en los planes de estudio de enseñanza secundaria ha supuesto un revulsivo capaz de disparar mecanismos teóricos que la autora ha de desgranar con escrupuloso cuidado, pues éstos se hallan densamente imbricados en dispositivos más profundos y en el cotidiano tejido político del país. Así, sin perder de vista un complejo panorama que requiere de continuos matices, McMahon registra los cambios de frecuencia en las relaciones entre posturas que no siempre se han podido describir como indiscutiblemente antagónicas. Señala cómo la academia se ha visto involucrada en el proceso de enconamiento de la polémica, dedicando especial atención a los argumentos de Richard Rorty, y desentraña las estrategias de desprestigio de lo llamado “políticamente correcto” o del multiculturalismo. La riqueza del material que maneja la profesora McMahon es tal que sólo una enorme capacidad crítica y articuladora y una gran mesura pueden encauzar el tenaz ritmo informativo que se impone.

La variedad temática de este volumen es representativa de la riqueza que distingue a este campo en la actualidad. Asimismo, su irreprochable calidad refleja y anuncia presentes y futuros trabajos de la misma índole. Pero sobre todo es su talante valiente, concienzudo y abierto al diálogo el que resume todas sus virtudes.

MARÍA BEATRIZ HERNÁNDEZ PÉREZ

